

CHILLÓN, Nieves, *El libro de Laura Laurel*, Valencia, Pre-Textos, XXXI Premio Unicaja de Poesía, 2017, 47 págs.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada

El libro de Laura Laurel, de Nieves Chillón (Orce, Granada, 1981) es un excelente poemario. No en vano consiguió el XXXI Premio Unicaja de Poesía. A poco de asomarse a sus páginas, descubre una poesía despojada de prejuicios, en libertad absoluta, y que ha dejado atrás lastres y rémoras, de diversas maneras, no solo desde el punto de vista estilístico, con una singular y muy atinada prosodia, espacios estróficos y sin puntuación, sino también desde una óptica moral y de género.

Escrito sin partes, el volumen se presenta con 36 poemas correlativos en los que destacan tres ejes epistémicos que a su vez dialogan con otras vetas de sentido o temas, y también entre sí. El comienzo, «Semilla» (pág. 5), nos presenta la médula del poemario, la gestación o embarazo del hijo, que no es solo metáfora de la creación y la escritura, encarnada en el personaje de Laura Laurel, sino que se repite como símbolo bisémico a lo largo del libro mismo. Ya la elección del nombre de Laura Laurel posee mu-

chas connotaciones y guiños a la tradición. «Las raíces / se clavan / en mi carne» (pág. 5) como si fueran tierra. A su vez, la tierra se vuelve «líquido amniótico» donde fermenta el ser humano, asimismo poesía. Laura Laurel arraiga en la tierra y personifica el mito ovidiano, que también agrandara Garcilaso, y la metamorfosis que sufre desde la gravidez, nutrida por la inspiración y la poesía. Ese yo asegura que «lo único que quiero / es devenir en tierra» (pág. 5). El poema siguiente, «Berlín» (págs. 6-7) inaugura la otra gran veta, la de los viajes, presentándose ciudades y lugares europeos y americanos, a modo de diario que acompañarán la gestación. Desfilan por *El libro de Laura Laurel*, entre otros, y en sentido contrario al orden del conjunto, Aleppo (pág. 42), Nueva York (pág. 38), Brujas (pág. 36) y, en perspectiva caballería, «Begijnhof» (pág. 11), desde un famoso patio de Ámsterdam rodeado de casas, muy tranquilo, observando el cielo... Una forma de mirar hacia otro lado, pero mirando hacia adentro, como equilibrando.



Aunque la presencia que más llama la atención, en contraste, es la de muchos lugares anónimos, de tierra adentro, donde lo telúrico se asocia a las fuerzas de la naturaleza. El «Paisaje» de la página 9 dialoga con el «Paisaje interior» de la página 16. La hipersensibilidad que destilan los poemas, a veces se convierte en una dialéctica que entrecruza lo apolíneo y lo dionisiaco, como en «Laura olvidada» (pág. 26): «Yo soy Laura Laurel y tengo la costumbre / de morder la mano que me acaricia los cabellos» (pág. 26). Una propuesta rebelde y a la vez sofisticada que la poeta entona desde los primeros versos, y que desembocará en la otra gran línea temática, la del feminismo, que se anuncia en «Espigadoras» (pág. 10), conectando con «Árbol genealógico» (págs. 21-22) y —con más composiciones— cerrando el círculo de la mujer y el hijo que lleva en sus entrañas: «para este hijo mío pronto dibujaré / un árbol genealógico y en sus nudos / escribiré los nombres de las que no bebieron leche / y las sostienen huesos de crisálida / para que este hijo mío conozca / que ya sus piececitos son raíces clavadas en la tierra / y que debe escuchar el canto de este árbol / antes de que devenga su mudez [...]» (pág. 22). El cuerpo aparece tematizado en muchos mo-

mentos, por ejemplo «Umbilical» (págs. 23-24), en el que se comienza afirmando «En el poema del cuerpo qué importa el nombre». El círculo se cierra en el magnífico poema «Referencias» (pág. 28), que finaliza así: «yo busco referencias // a mi alrededor el paisaje es circular / en torno a ti el mundo es una esfera / y tiene ombligo.» Una propuesta, decíamos, de definición de una identidad espinosa, como en «Pronuncia erizo» (pág. 12) o, con más sencillez, en «Así soy» (pág. 13), que por su brevedad reproducimos íntegro: «Así soy / como las hojas del acebo / que arañan en la palma de la mano / y así mismas / se tocan y se hieren.» De igual modo, «Uñas» (pág. 33) podría servirnos también para hablar del cuerpo como algo vivo, pero espoleando otras ideas: «con las uñas de rojo / hoy tengo que escribir / y dejar de morderme / la lengua» (pág. 33).

«La tierra» (pág. 29) es el lugar en el que nacemos y al que regresamos. La conciencia de la maternidad, de la individualidad que decide procrear, posee una repercusión social: «hoy he salido al campo / con mi perro y mi hijo dentro / y he escuchado adónde vas / tan sola.» (de «Revolución», pág. 18). Pudiera parecer que Laura Laurel ha despertado, a través de su esta-



do de buena esperanza, a una conciencia social: «Otras mujeres con un hijo / dentro pisaron esta tierra» (de «Espigadoras», pág. 10). Se trata de la tierra que va a la tierra, de la pertenencia — más allá de ser un elemento aristotélico primordial desde un punto de vista antropológico — al planeta como comunidad, y una denuncia hacia la situación de las mujeres, que se concretará en poemas como el extraordinario «Adiós a Penélope» (pág. 43), que comienza así. «He decapitado definitivamente a Penélope / por sumisa», y que deconstruye la idea de mujer objeto o musa, tanto en poemas como «Musa provinciana» (pág. 34) como en «Poetas musas» (pág. 44), donde se afirma que «Hoy hemos renunciado a nuestro oficio / de inspirar sus poemas» (pág. 44), para convertirse en mujer sujeto que escribe sus propios textos en «luminosa libertad» (pág. 44). En «Musa provinciana» no deja de compararse con el resto de mujeres: «pero en el fondo se da cuenta / de su poca sofisticación / cuando observas a las otras / perfectas y olorosas [...] en busca de la ajena / inspiración.» La inspiración es algo propio, y no un hálito que se insufla al otro, en este caso al poeta hombre. La sencillez con la que la poeta se reconoce — y acepta

sus artificios, su naturalidad — explica la profundidad de esta poesía y, como ser humano, además, asistimos a un valiente empoderamiento... En el canto testimonial de la última composición, titulado «Esas mujeres» (pág. 45), se encierra la propia Laura Laurel y su canción, en una retroproyección hacia esas mitologías arcaicas que conectan, entre otras divinidades, con Cibele, la Madre Tierra, Magna Mater o Diosa Madre, asociada principalmente a la fertilidad, y no olvidemos que Cibele fue quien inició a Dionisos en su culto misterioso, y que este era también fuente de inspiración... Aunque esa conciencia de pertenecer a una estirpe, la de las mujeres que llevan en sí el don de crear y procrear, posee su contrapunto en la autocrítica de «Ridícula» (pág. 20), eludiendo cualquier esencialismo y falsa inclusión en la colectividad, porque «el nosotros no existe o resulta inconsistente» (pág. 20)

Un cuarto tema, que entronca con las fuerzas báquicas y descontroladas de la naturaleza, sería la denuncia del maltrato animal, la defensa de los animales, y estaría muy en consonancia con la denuncia de género que, obviamente, no se trata más que de una necesidad de justicia universal para cualquier clase de opresión,



por ejemplo en el lorquiano «Sirena de Nueva Inglaterra» (págs. 39-41) en busca de la armonía social y de ese equilibrio entre el yo y el mundo exterior que hablábamos más arriba. Pero estos poemas, y el resto que no hemos citado, los dejamos para

que el lector descubra por sí mismo la potencia y la calidad de un libro imprescindible en el panorama poético contemporáneo, y de una poeta, Nieves Chillón, que hay que tener en cuenta.

